

Análisis Crítico de la Democracia Cristiana

Jaime Guzmán (*). *Revista Realidad*, año 5 N° 53, p.29, Octubre 1983.

17 páginas

Introducción

Bases Ideológicas de la Democracia Cristiana Chilena

Razgos del Partido Demócrata Cristiano

Democracia Cristiana y Comunismo

Democracia Cristiana: Partido de Vanguardia y No de Centro

Análisis Crítico

Conclusión

Introducción

Yo deseo, en primer lugar, hacer una observación introductoria. El Instituto para una Sociedad Libre cuyo directorio integro, no es neutral ideológicamente. Por eso es que la exposición sobre el tema de la Democracia Cristiana la asume una persona que no es democratacristiana, como yo, y que tengo como el Instituto, una postura crítica hacia la ideología y el pensamiento democratacristiano. Pero no ser neutral no significa no ser objetivo. La objetividad consiste en tratar de apreciar del modo más serio y ecuánime posible una realidad determinada, sin perjuicio de adoptar una postura frente a esa realidad. El neutral, en cambio, es el que abstiene de optar.

Aún así, yo no desconozco el hecho de que siempre existe el riesgo, o al menos la sospecha, de que cuando uno está exponiendo un pensamiento que no comparte pudiera, aún sin quererlo, de algún modo adulterarlo o malinterpretarlo. Y es por eso que, no obstante estimar que siempre las lecturas son relativamente aburridoras en una charla, en la parte expositiva quiero remitirme a las palabras textuales de los principales exponentes del pensamiento democratacristiano en Chile, que voy a citar al efecto. Les doy esto como explicación, porque es distinto que yo dijera que tales y cuales son los puntos de vista y los elementos fundamentales del pensamiento democratacristiano, a que lo digan sus máximos ideólogos y que ustedes lo escuchen realmente de boca de ellos, leído por mí.

Las vertientes fundamentales del pensamiento democratacristiano chileno, pueden resumirse en tres.

La primera, la Doctrina Social de la Iglesia, expresada en las encíclicas pontificias de carácter social.

La segunda vertiente es el aporte doctrinario hecho por Jacques Maritain, Filósofo francés fallecido hace algunos años atrás. No es el único inspirador. También están Emmanuel Mounier, Nicolás Berdiaief y otros pensadores que han nutrido el acervo democratacristiano en forma bastante importante. Pero la Democracia Cristiana chilena, en particular, y para otras también en el mundo, no hay duda que Jacques Maritain ocupa el lugar predominante como ideólogo o inspirador conceptual.

La tercera vertiente que podemos mencionar, es el aporte ideológico chileno. Y es a éste al cual me quiero remitir, fundamentalmente, sin perjuicio de puntualizar que este aporte chileno recoge los dos anteriores. Pero quiero referirme

fundamentalmente a él, porque pienso que dentro de la brevedad del tiempo de que disponemos, es conveniente apuntar el tema de la Democracia Cristiana a lo que ella es en Chile, y no a una formulación demasiado genérica a nivel de otros países del mundo.

Bases Ideológicas de la Democracia Cristiana Chilena

Para enunciar en qué consiste y cuáles son los puntos fundamentales del pensamiento democratacristiano, voy a recoger a los que talvez sean sus dos ideólogos principales. En primer lugar, mi querido amigo, desgraciadamente fallecido, Claudio Orrego; y en segundo lugar, don Jaime Castillo Velasco.

En primer lugar, Claudio Orrego. Al señalar él cuáles son los elementos fundamentales de la doctrina democratacristiana, dice que el primero es el **humanismo cristiano**; y en uno de los párrafos en que lo explica, señala: “En resumen, la piedra angular de toda la concepción humanista, que está en la base del pensamiento de la Democracia Cristiana, reside en el hecho de que la vida social sólo tiene sentido en la medida en que permite la plena realización como ser humano de cada uno y de todos los individuos que forman parte de la sociedad”.

El segundo, es el **Pluralismo democrático**. En su párrafo más relevante, señala: “El pluralismo ideológico y la democracia política saltan, en esta etapa de evolución de la humanidad, como consecuencia lógica de la ideología humanista; son los corolarios sociales de una dignidad que se les reconoce individualmente a todas las personas que forman parte de la sociedad”.

El tercer elemento que menciona Claudio Orrego es la vocación **popular y revolucionaria**, que queda más explicado en el punto siguiente – o cuarto - que es el **anticapitalismo**. Aquí hace una explicación y un desarrollo que es preciso leer. Dice así: “El capitalismo, para ser comprendido, exige una definición a dos niveles: uno macroeconómico y otro microeconómico. A nivel macroeconómico, lo que le caracteriza fundamentalmente es el atesoramiento desproporcionado en manos privadas, propietarias del capital, de los frutos del esfuerzo colectivo, por una parte, y la orientación de la economía en base a los solos estímulos financieros del mercado, por la otra. Estos últimos suelen estar falseados por razones sociales y económicas y, en consecuencia, dificultan la fijación de un orden de prioridades compatible con una concepción humanista de la satisfacción de las necesidades sociales. A nivel microeconómico, se caracteriza porque son los poseedores del capital los que adoptan las decisiones relativas a la marcha de la unidad productiva –o sea, de la empresa- sin ninguna consideración por la racionalidad y los intereses de los demás sectores que aportan, decisivamente, al progreso de la empresa”.

Y más adelante agrega: “A nivel de la macroeconomía, el capitalismo resulta inaceptable a la ideología democratacristiana por la simple aplicación del principio de justicia conmutativa, que exige que cada uno reciba lo que le corresponde, en relación proporcional a su esfuerzo; es, por lo tanto, inaceptable que sólo un sector de los que participan en la creación de la riqueza colectiva, acapare para sí más de lo que le corresponde, dejando a sectores importantes con menos de lo que necesitan”. Luego agrega: “Desde un punto de vista democrático, constituye una grave incongruencia la forma en que se genera la autoridad en el seno de la empresa y el carácter autoritario que ésta siempre reviste”.

El quinto punto que él reseña es la solidaridad humana y social que también se explica, fundamentalmente, en el punto siguiente –o sexto- que es el comunitarismo.

El comunitarismo es propiciado como una sociedad de hombres libres que tienen espíritu comunitario y que adoptan formas comunitarias de vida y de trabajo: “Una sociedad comunitaria –vuelvo a citar a quí a Claudio Orrego- no nace de una, ni de mil, ni de cien mil problemas comunitarios. Nace del convencimiento

de los hombres que en ella viven de que deben constituir una comunidad humana y social, la cual se dará las estructuras necesarias para poder encarnar sus valores. La reforma de la propiedad de la empresa se convierte, entonces, en un proceso de democratización interna –como veíamos con anterioridad- resultante de un previo proceso de humanización social. La propiedad comunitaria supone la existencia previa de comunitarios; ello no impide que se deba avanzar creando experiencia, realizando pruebas en la forma más extendida posible, pero sin olvidarse de que la masificación del proceso depende de factores previos y ajenos a la propiedad”. Esta es la versión fundamental que da Claudio Orrego de cuáles son los elementos fundamentales del pensamiento democratacristiano.

Razgos del Partido Demócrata Cristiano

Algo muy parecido, aunque con una enunciación parcialmente distinta, es lo que se obtiene de la descripción que don Jaime Castillo Velasco hace de qué es un partido Demócrata Cristiano. Los puntos que él señala como básicos son los siguientes. Primero, la **inspiración cristiana**, que mucho se parece con el humanismo cristiano que mencionaba Claudio Orrego en el primero de sus puntos. Sin ser confesional porque serlo –según él- “importa asumir algo así como una representación política de la Iglesia”, la Democracia Cristiana tiene una inspiración cristiana, pero –insisto- sin ser un partido confesional, es decir oficialmente católico. “Al señalar su inspiración cristiana –dice don Jaime Castillo- insiste sobre el hecho de que reposa sobre los valores de la filosofía cristiana, mas no pretende realizar una política clerical, ni menos imponer la creencia religiosa como vestidura formal exterior meramente ritual del Estado”.

El segundo punto de un partido democratacristiano, es –a su juicio- el **designio histórico**. Esto tiene, a mi modo de ver, mucha importancia. Dice: “un partido democratacristiano se propone pasar a una nueva etapa de civilización, surge de la crisis del mundo moderno, o sea, de esa etapa en que ha dominado el sentido individualista de la vida y que ha producido por reacción los intentos de colectivismo, inspirados por una concepción antiespiritualista del hombre. Un partido democratacristiano se coloca, por tanto, fuera de esta civilización moderna, no pretende justificar o atenuar sus estructuras, no usa la religión como un velo que ocultará las tragedias de la economía liberal. Un democratacristiano es aquél que ha comprendido, en su punto exacto, la necesidad de pasar a otra etapa de civilización. Para un cristiano no se trata sólo de oponer meros remiendo al hecho de la opresión; de ahí que un partido democratacristiano sea internacional y hable de una nueva cristiandad”. El designio histórico para un partido democratacristiano es, por tanto, dar paso a una nueva civilización, que es la nueva cristiandad que enuncia y desarrolla, precisamente con ese nombre Jacques Maritain.

El tercer elemento es una estructura política democrática: “Un partido democratacristiano es demócrata sin fallas. Ni histórica, ni teórica, ni prácticamente, está ligado a formas de dictadura o siquiera de autoritarismo oficialista; en consecuencia, les es imposible justificar dictaduras, aun cuando ellas se basen en la necesidad de defender los valores cristianos. Tal defensa es una pura irrisión, ya que los procedimientos mismos que se oponen en obra importan ya actuar contra dichos valores”.

El cuarto punto de un partido democratacristiano es mencionado por don Jaime Castillo como la estructura económica de **tender hacia comunidades de trabajo**. Aquí entronca con el comunitarismo, que es el último de los puntos que mencionaba Claudio Orrego en su enumeración: “Un partido democratacristiano –afirma el señor Castillo- pretende facilitar el regreso a las formas comunitarias de vida social... En consecuencia, el partido Demócrata Cristiano tiene que rechazar categóricamente una economía basada en el individualismo, o sea, una escuela que

hace del egoísmo la norma de vida en comunidad. Esto significa, automáticamente, que las comunidades de trabajo –dice más adelante- pasan a ser la esencia de la vida económica, así como ahora lo es el capitalista particular”. Y, finalmente, se refiere a la misión histórica de la Democracia Cristiana, a la cual llama una **empresa de liberación del hombre**”.

Es importante desprender de estas citas que he hecho, a modo de síntesis, el carácter claramente vinculado a una concepción humanista y cristiana del hombre, que está en la raíz del pensamiento democratacristiano; un sólido –o rígido- compromiso con la democracia como forma de gobierno, y la búsqueda de una tercera posición, esencialmente distinta al capitalismo y al socialismo, como su objetivo en materia económico social.

Esta tercera posición es enunciada, más adelante, por don Jaime Castillo, en forma muy nítida, como una posición anticapitalista. Lo dice específicamente así: “Debemos marchar hacia formas sociales comunitarias y evitar tanto la permanencia en el esquema tradicional capitalista como el desenvolvimiento hacia el colectivismo y la estructura totalitaria del Estado”.

Por lo tanto, el pensamiento democratacristiano está apuntando fundamentalmente a lograr descubrir y llevar a la práctica una tercera posición, una forma nueva de civilización y de convivencia. Una tercera posición radical y esencialmente distinta al capitalismo y al socialismo. Ve en el capitalismo el conjunto de elementos o de antivalores que se desprendían del texto que cité de Claudio Orrego, y en el socialismo, el conjunto de antivalores propio de todo colectivismo o esquema totalitario incompatible con la dignidad humana propia del humanismo cristiano.

Más precisamente todavía, dice en otra parte don Jaime Castillo: “Además, la Democracia Cristiana está convencida de que el Partido Demócrata Cristiano es anticapitalista y debe impulsar, por tanto, en estos años, un desarrollo no capitalista. Creemos, además, que la “revolución en libertad” parte de un programa elaborado en 1964, de acuerdo a las circunstancias y posibilidades de entonces”. (Esta frase corresponde a un texto difundido durante el transcurso del Gobierno de don Eduardo Frei. Se trata de su cuenta como presidente del PDC a la Junta Nacional del Partido, agosto 1968).

Creo que tenemos aquí un panorama más a menos ordenado y coherente de cuál es el pensamiento básico de la Democracia Cristiana. Hay, sin embargo, dos puntos que me merecen importantes de subrayar para entender bien y en forma suficientemente profunda, dónde está la raíz y los caracteres más fundamentales de la Democracia Cristiana.

Democracia Cristiana y Comunismo

Uno de ellos es su posición ante el comunismo, tema que ha sido frecuentemente mal entendido y creo que sigue siéndolo en la actualidad, por no haberse penetrado en profundidad la verdadera raíz de la postura democratacristiana frente al comunismo. Desde luego, tomando el mismo texto de don Jaime Castillo, en los problemas de doctrina política, él aborda este tema y dice que hay una serie de factores en contra de algunos factores a favor, dentro del comunismo. Más precisamente entre “valores positivos y negativos cuya separación... parece imposible”.

Entre los factores en contra alude a que “la fisonomía social de los países comunistas es el de una minoría que retiene la suma del poder político y del económico; esa se expresa en la dictadura política y en la economía colectivista estatal”.

“Un segundo factor en contra del Partido Comunista, es la orden moral y proviene de lo anterior”, nos dice, ya que esto da lugar a una actitud moral que engendra represiones semejantes a lo que fue el stalinismo”.

El tercer factor es que “mientras persigue el poder, el partido se comporta dentro de la actual fase estratégica, como un partido de izquierda democrático; ofrece programa social avanzado, pero no más exigente que cualquiera otro. Toda su propaganda se dirige a respetar las tradiciones y métodos democráticos; los valores patrióticos y nacionalistas. Las libertades generales son aprobadas y defendidas con firmeza, en especial, el partido (comunista) defiende los derechos sindicales y la autonomía de las organizaciones obreras”; esto mientras está aspirando al poder “Tan pronto llega el poder, el panorama cambia por completo. La dictadura política, el partido único, la pérdida de autonomía para toda organización, incluso las obreras, la progresiva expulsión de las ideologías, el acaparamiento de la propaganda en los métodos de calumnia y agresiones físicas o morales a los ciudadanos... eso viene a ser la inocente, democrática y pacificadora actitud de la vispera”. Menciona algunos otros elementos negativos, pero no quiero alargar en exceso en la cita porque los factores en contra se desprenden casi lógicamente de los elementos filosóficos propios de la Democracia Cristiana que hemos reseñado. No puede, quien adhiere a esos elementos filosóficos, sino pensar que el comunismo o el marxismo son enteramente contrapuestos en sus objetivos, a los valores que proclama cualquier humanismo cristiano. Por eso, es más interesante detenerse en los “factores a favor” que don Jaime Castillo ve en el comunismo. ¿Cuáles son estos factores a favor?. Citémoslos:

a) “La presencia de hechos económicos y sociales propios de economías subdesarrolladas, como efecto del sistema capitalista o consecuencia de un atraso social que el mundo capitalista no alcanza a poner en marcha”.

b) “La lucha comunista por reivindicaciones mundiales contra el Estado y el orden capitalista, con todas sus derivaciones”.

c) Un tercer factor “favorable al comunismo es el hecho de la Unión Soviética como ejemplo de un poderoso desarrollo económico a la sombra de una organización estatal no liberal, y como un poder político gigantesco anticapitalista y antiimperialista”.

d) En cuarto lugar “encontramos perspectivas comunes a diversas tendencias sociales en el desarrollo de nuestros países: planificación, nacionalización, elevación del nivel de las clases bajas, reformas sustanciales de estructuras, etc”.

e) En quinto lugar, “tenemos la proyección de estas luchas al campo sindical y político. El Partido Comunista aparece ahí como una fuerza popular, diferente a otras, pero sin duda una de ellas”.

Y de este cuadro, de factores a favor y factores en contra, desprende una conclusión de la mayor importancia, que es la siguiente: “Estos factores a favor indican que en determinado momento no es posible una lucha frontal contra el comunismo; hacerlo, es servir a la reacción”.

Hay momentos, por lo tanto, en que se puede luchar frontalmente contra el comunismo y de ello se encontrará suficiente fundamento en los elementos negativos que hay en el comunismo. Pero como hay estos elementos que están a favor de él, hay momentos en que, a su juicio, la Democracia Cristiana no puede combatir en una lucha frontal contra el comunismo, porque hacerlo es servir a la reacción.

Esta postura frente al comunismo tiene, a mi juicio, una importancia capital para entender bien el problema de la Democracia Cristiana.

Democracia Cristiana: Partido de Vanguardia y No de Centro

Un cuarto y último aspecto que deseo mencionar en esta parte expositiva, es uno que trata el propio señor Castillo y que se refiere a si el Partido Demócrata Cristiano debe ser un partido de centro o un partido de vanguardia, según su propia terminología. Este punto tiene, a mi juicio, una trascendencia muy grande,

porque quien analice lo que son los partidos demócratacristianos de Europa, llegará a la evidente conclusión de que son partidos de centro. En cambio, el Partido Demócrata Cristiano chileno es un partido de vanguardia que rechaza la hipótesis de ser partido de centro. Y, nuevamente, prefiero remitirme a leer lo que al respecto dice textualmente don Jaime Castillo, para evitar cualquier supuesto de una interpretación errónea.

Dice lo siguiente: “En un partido de centro... en cuanto a la composición política (se está refiriendo a que hay hombres de todos los sectores y de todas las extracciones sociales en un partido de centro), “la heterogeneidad ideológica y social conduce a la formación de fracciones internas irreductibles, la disciplina pasa a ser una delgada capa de conveniencias generales”. El mismo menciona como ejemplo de ello, al Partido Demócrata Cristiano de Italia o de Francia. “Un partido de centro –dice más adelante- tiene también su propio concepto de las formas de tomar el poder y de conservarlo. Dado que en él impera la necesidad de disponer de un instrumento eficaz, su camino hacia el poder se verificará buscando el modo de aumentar un número e influencias”.

Luego añade: “una vez estructurada una gran masa de votantes, capaz de lograr la victoria, el partido de centro podrá llegar al Gobierno. Lo hará para cumplir su programa. Pero, sin duda, en ese instante parecerán más urgentes las presiones de los intereses contradictorios”. La labor de Gobierno será, pues, un difícil y hábil compromiso entre las alas del partido y la realidad exterior. Una tal labor podrá tener dificultades y, en este caso, el partido tenderá a asegurar, por sobre todo, su administración”. Y concluye: “en suma, un partido centrista, convertido en partido de administración se propone simplemente **administrar el orden establecido**. No procede revolucionariamente ante éste”.

Descrito el partido de centro, pasa enseguida a contraponerlo al partido de vanguardia. Al efecto señala: “Todo ocurre muy distinto si concebimos al Partido Demócrata Cristiano como una vanguardia. En este caso... la disciplina será férrea y el sentido de unidad profundo. Ahora habrá no sólo un mero ganar batallas electorales, sino una misión concreta: realizar en plenitud, desde el poder, las concepciones de partido. Esto da a la táctica un valor fundamental; se llega al poder para no abandonarlo, mientras la misión histórica no esté realizada. Esto puede demorar, no importa”. O sea, se trata de llegar al poder para no abandonarlo hasta realizar en plenitud la doctrina del partido. Repito esto por lo fundamental que me parece para entender bien la Democracia Cristiana chilena.

Finalmente, el Sr. Castillo concluye: “Mientras el partido de centro cree en el poder de los factores materiales, el partido vanguardia incluso los desafía. Mientras el partido de centro cree en el poder de los factores materiales, el partido vanguardia incluso los desafía. Mientras el partido de centro estima indispensable hallarse presente, el partido vanguardia se aleja gustoso de los que es. Mientras el primero finca todo en utilizar lo existente y compartir sus valores, el segundo lo niega y se da como razón de existir, esa misma actitud negativa. Aquél, el de centro, es indudablemente conservador; éste, el de vanguardia, revolucionario”...

“En consecuencia, cuando el partido vanguardia llega al poder, no lo hace para salir en la próxima crisis de gabinete. Entra sólo cuando el camino está preparado para cumplir su gran tarea. Ya no podrá volver atrás. La vía tiene una sola dirección: ya hacia delante. Y este adelante es la transformación de la sociedad capitalista burguesa o socialista totalitaria, en una sociedad en que los ideales comunitarios, vale decir lo más hondo a que aspira el hombre, sean cumplidos. Digamos pues, que si el partido centrista se transforma, una vez en el poder, en el conservador del orden existente, el partido vanguardia, por su parte, comienza de inmediato y con extraordinario empuje la tarea de crear la sociedad nueva”.

Esto empalma directamente con la nueva cristiandad, la civilización nueva, que la Democracia Cristiana chilena se propone crear y que aludían, tomada de Maritain, tanto Claudio Orrego como el propio Jaime Castillo.

Entre esta tajante disyuntiva, no cuesta suponer cuál es la opción que, según palabras de su ideólogo, adopta la Democracia Cristiana en nuestro país: “Un partido demócratacristiano de vanguardia es el único, a nuestro juicio, que puede realizar la doctrina, porque la táctica está íntimamente ligada a los principios”. De manera que creo que esta lectura un poco extensa que he hecho, agrega un elemento de juicio muy importante, que no es de orden puramente filosófico sino que ya apunta a algo más específico y sumamente importante, como es la distinción práctica de cómo actúa un partido de centro y un partido de vanguardia y la definición categórica que el Partido Demócrata Cristiano chileno hace de ser un partido vanguardia y no un partido de centro.

Análisis Crítico

Deseo ahora referirme a las objeciones o al análisis crítico que me merecen estos planteamientos.

a) Debilidad demócratacristiana ante el comunismo y el marxismo

En primer lugar, creo que la postura de la Democracia Cristiana frente al comunismo es esencialmente equívoca. Sería profundamente injusto sostener que el Partido Demócrata Cristiano no es contrario al marxismo en su ideología y en su pensamiento. Está muy claro de que el proyecto de sociedad al cual tiende, es radicalmente contrapuesto al proyecto de la sociedad al cual apunta el colectivismo marxista. Sin embargo, si observamos en la práctica las conclusiones de esta ambivalencia de “factores a favor y en contra” que presentaría el Partido Comunista, según la descripción de don Jaime Castillo, y la consecuencia que extrae de que hay veces que no se puede combatir frontalmente al comunismo, nos explicamos algo extraordinariamente curioso. En el léxico demócratacristiano la palabra “anticomunista” está virtualmente excluida, lo que no ocurre, significativa y sintomáticamente, con la palabra “anticapitalista”. La Democracia Cristiana postula una tercera posición ni capitalista ni socialista, pero mientras no tiene ninguna vacilación en emplear el término “anticapitalista” con todo el vigor que eso tiene (como lo constatamos en las citas que leí recién) no usa jamás el término “anticomunista”, del cual siempre recela.

La más conocida, y a mi juicio importante, de estas definiciones, es la adoptada por don Eduardo Frei el 27 de junio de 1947, donde él señaló textualmente lo siguiente:

“Rechazamos la doctrina y la táctica comunista, pero ante el comunismo vemos que hay algo peor: el anticomunismo”. Esta frase, a mi modo de ver, grafica gran parte de lo que ha sido la actitud demócratacristiana frente al comunismo. No es extraño que el diario comunista “el Siglo” lo recogiera a toda extensión de su página el día siguiente, el 28 de junio de 1947. O sea, la Democracia Cristiana rechaza claramente la doctrina y la táctica comunista. No hay duda. Pero frente al comunismo ve algo peor: el anticomunismo.

Este esquema, que los lleva a nunca asumir una definición explícitamente anticomunista, no es una mera cuestión de léxico. Yo la aprecio como un problema, en buena medida, de incompreensión de la profundidad del mal moral que encierra el comunismo. Y cuando digo “incompreensión”, estoy usando la palabra con mucha meditación. No le achaco ignorancia al respecto. Son muchos los demócratacristianos cultos, como el señor Castillo y otros, que abordan el problema del mal moral del comunismo con claridad expositiva; pero, a mi juicio, hay una actitud vital frente al problema, que no es congruente con la hondadura de ese mal moral que representa el comunismo y sólo así se explica de que se pueda llegar a la afirmación de que habría instantes en que “no se puede combatir

frontalmente al comunismo porque eso es hacerle el juego a la reacción”, como afirma don Jaime Castillo. Sólo así se explica que la Democracia Cristiana no use el término anticomunista y recele siempre de él como algo que podría equivalerse a “negativismo” o a reaccionario, lo que no ocurre –en cambio- con el término anticapitalista.

Hay también aquí en esta postura equívoca, un punto que me gustaría subrayar, que es el de que los demócrata cristianos chilenos no se han resuelto frente a un problema crucial: ¿debe la democracia admitir en su seno siempre y necesariamente a todas las ideologías?, ¿es una exigencia de la democracia que participen del juego político todas las ideologías, porque si así no fuera y se excluyera a algunos, dejaría de haber democracia y estaría la democracia negando su esencia?

A esa pregunta, tradicionalmente la Democracia Cristiana ha contestado que no es posible excluir de la vida cívica a ninguna ideología y, por ende, no es posible excluir al comunismo. Por eso estuvo contra la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, auspiciada y promulgada por don Gabriel González Videla en su presidencia, que proscribió legalmente al Partido Comunista. Más tarde estuvo a favor de la derogación de esa ley a fines del segundo Gobierno del general Ibáñez, en las vísperas de las elecciones presidenciales de 1958, en que esa ley fue derogada y fueron restablecidos los comunistas a la legalidad.

Producidos los acontecimientos de la Unidad Popular (70 – 73) el tema revierte con dramatismo a la escena política. Debemos configurar un sistema democrático hacia el futuro: ¿deben o no admitirse a todas las ideologías a la vida cívica o puede la democracia, en una autodefensa, excluir a aquellas que atenten contra la esencia misma del régimen democrático?. Y aquí ocurre un fenómeno, a mi juicio, extraordinario. La Democracia Cristiana sostiene que no se puede excluir a nadie por razones ideológicas, sino que sólo debe sancionarse las conductas antidemocráticas. Este planteamiento la lleva a reafirmar lo que, por lo demás, está ya explícita y detenidamente expuesto en un documento de enero del año 1980, por el “Grupo de los 24”, en el cual están integrados varios de los máximos exponentes del Partido Demócrata Cristiano. ¿Y qué señalan ellos en este documento?. Señalan que ningún partido podrá ser excluido por razones ideológicas sino sólo por conductas antidemocráticas. Pero inmediatamente antes, han dicho lo siguiente: “En primer lugar, se debe tener presente que, de acuerdo a lo ya expresado, todo partido político, para ser reconocido como tal, deberá consignar explícitamente en su declaración de principios su adhesión a los principios y normas fundamentales del sistema democrático”. Y menciona estos principios y normas: “Respeto y promoción de los derechos humanos, generación y renovación periódica de las autoridades por voluntad popular, aceptación de las decisiones de la mayoría, resguardo de los derechos de la minoría, pluralismo ideológico y rechazo de la violencia armada como método de acción política, contrario a los principios democráticos”.

En consecuencia, de acuerdo a esta tesis, un partido político que desee inscribirse, necesita decir que adhiere a estos postulados. Ahora bien, yo me pregunto y les pregunto ¿qué ocurre con un grupo de personas que ideológicamente no comparte estos principios, que se mencionan como obligatorios para todos los partidos políticos? Como el que no adhiere a ellos no puede entrar al sistema, queda excluido. No es admitido. ¿Y no implica eso acaso excluir por razones ideológicas? Si alguien ideológicamente no comparte estos principios, y estima que no debe existir el pluralismo ideológico o estima que la violencia armada es un método válido de acción política, y lo estima convencidamente en doctrina, como ocurre con numerosas agrupaciones políticas o corrientes ideológicas, no es acaso una razón mera y típicamente ideológica aquella en virtud

de la cual se le excluiría? ¿No es eso contradictorio con el principio que sustenta la Democracia Cristiana?

Más aún, un marxista-leninista no puede admitir ninguno de estos principios democráticos salvo, como el mismo señor Castillo lo decía en el texto que leí, por razones tácticas y sólo mientras alcanza el poder. Pero basta leer y conocer su pensamiento para saber que no pueden adherir a eso de buena fe. Doy por descontado que los marxistas fingirían y dirían ‘creo en todo esto’, para entrar en el juego y luego traicionar ese compromiso en el momento oportuno, como el propio Sr. Castillo lo señala. Esperarán para esto último que la correlación de fuerzas para alcanzar el poder les estén dadas.

Yo me estoy poniendo en otro problema, distinto y, a mi juicio, conceptualmente mucho más decisivo, que es el problema de un partido de un grupo de ciudadanos que diga ‘nosotros no aceptamos estos planteamientos porque ideológicamente no los compartimos’. De acuerdo al texto del Grupo de los 24 y al planteamiento que sostiene la Democracia Cristiana hoy día, habría derecho a excluirlos porque no estarían adhiriendo a los elementos fundamentales de la democracia, sin esperar que se ‘comporten’ como antidemócratas. No entran al juego porque no adhieren a los principios. ¿Están o no excluidos por razones ideológicas? Es evidente que sí. Luego, hay una contradicción entre eso y la frase de que “ningún partido podrá ser excluido por razones ideológicas, sino sólo por conductas antidemocráticas”.

En el fondo, detrás de todo esto, hay otro problema, que es el de que toda expresión de una idea es un acto, es una conducta. Las ideas sólo son meras ideas mientras permanecen en el fuero interno de la conciencia, pero cuando se expresan dejan de ser una simple idea y pasan a configurar – además- un acto y este acto puede tener fuertes repercusiones sociales. Expresar ideas es actuar, es adoptar conductas; de manera que esta distinción entre expresar ideas y adoptar conductas antidemocráticas, es una dicotomía falsa. Expresar ideas es una conducta y si las ideas expresadas son antidemocráticas, es una conducta antidemocrática el sólo hecho de expresar la adhesión a esas ideas.

¿Cómo aborda la Constitución actual el problema? Muy claramente. No pretenden negarle a nadie el derecho a pensar como quiera, porque el fuero interno de la conciencia es sagrado e inviolable. Sólo Dios puede juzgarlo. Tampoco se inmiscuye en lo que las personas puedan expresar en el ámbito de su vida como particular, porque eso nos llevaría a una ilícita e invivible ‘caza de brujas’. Pero se margina a esas doctrinas totalitarias de la vida pública o política, privándose a las personas que propaguen esas ideas, de los principales derechos políticos. Subrayo que la sanción es sólo el que propague esas doctrinas, es decir, a quien las difunda con carácter proselitista. No está prohibido, por cierto, su difusión con fines académicos o analíticos. Y a quien propaga esas doctrinas con carácter proselitista, se le priva temporalmente –por el Tribunal Constitucional que es independiente del Gobierno- sólo de los principales derechos políticos, no de los derechos humanos más fundamentales que toda persona tiene como ser humano o miembro particular de una comunidad. Lo que hace es decirle ‘usted no puede entrar al juego político democrático, a la vida pública, si no acepta las reglas básicas del juego’.

En el fondo, yo no veo ninguna diferencia conceptual profunda entre lo que plantea el “Grupo de los 24” y lo que preceptúa la constitución vigente, pero diviso una suerte de complejo (y uso esa palabra con todo respeto, sin un carácter peyorativo), diviso una especie de complejo de los demócrata cristianos para admitir el principio en cuya virtud fluye la consecuencia y conclusión lógica (que ahora ellos terminan por aceptar) de que se puede excluir de la vida democrática a quienes no acepten las bases de la democracia, sino que pretenden valerse de ella simplemente para destruirla. Lo grave es que pretendan darle al marxismo una

nueva posibilidad de fingir y mentir mientras le convenga. Es cierto que no por proscribir jurídicamente al comunismo lo vamos a derrotar, eso está muy claro. Además de ello, hay que combatirlo en otros tres frentes: hay que elevar el nivel económico y social de los países para que el comunismo no sea tentador como caldo de cultivo; hay que dar una lucha antiliberal, porque el comunismo es hoy día una subversión mundial básicamente movida por un imperialismo hegemónico, que es la Unión Soviética y que amenaza la soberanía de los pueblos libres; y, por cierto, hay que dar una lucha ideológica, porque el comunismo es una doctrina y, al final, se gana o se pierde la batalla en la mente de las personas.

A mi juicio, la trampa en la cual no hay que dejarse nunca encerrar es la de que se pretenda contraponer estos cuatro frentes que son complementarios y no excluyentes; y que se pretenda decir 'levantemos el nivel de vida, pero no validemos la lucha antiliberal'; 'o combatamos al marxismo en el campo de las ideas pero no proscribamos jamás de la vida política al comunismo o a las ideas totalitarias en general'. Con esa trampa se abren brechas que luego se transforman en forados. Cualquiera de los cuatro frentes que se desatienda brinda al comunismo la posibilidad de entrar. Yo creo que es dejarse coger en una trampa el hecho de pretender contraponer lo que son frentes complementarios que deben sumarse.

b) Carácter mesiánico del PDC chileno.

El segundo elemento que estimo seriamente reprochable en la Democracia Cristiana chilena es su carácter mesiánico. Cuando llegó al poder en 1964 dijo que gobernaría 30 años, que era como decir indefinidamente, símbolo gráfico de ese mesianismo. Tuvieron que abandonarlo a los 6 años. Por lo demás, ese espíritu mesiánico está nítido en el texto que le leí al comienzo de don Jaime Castillo. Recordémoslo. Se madura para llegar al poder cuando el partido está en condiciones de cambiar la civilización por otra nueva. Cuando está en condiciones de crear una nueva cristiandad. Hay algo de irreversibilidad, aspiración que considero reñida con un verdadero espíritu democrático. Nos dice el citado ideólogo: "Se llega al poder para no abandonarlo mientras la misión histórica no esté realizada". Se va hacia la plenitud del poder, no hay lugar a transacciones. En otra parte, él mismo cita una famosa frase de don Eduardo Frei en que dice "hay que saber estar solos", frase que galvanizaba a las juventudes aun en los tiempos en que yo estaba en la Universidad, porque era una postura heroica, era una postura muy valiente y muy atractiva. Estar solos contra unos y contra otros. No transar nada.

Cuando se produce la elección complementaria de un diputado por Curicó, que precede a la elección presidencial de 1964, en que el Frente Democrático integrado por radicales, liberales y conservadores es derrotado por lo que se llamó el 'naranjazo' (la victoria de un candidato socialista de apellido Naranjo), llegando tercero y último el abanderado demócrata cristiano, se producen dos actitudes completamente distintas: al día siguiente don Julio Durán, candidato presidencial del Frente Democrático, renuncia a su candidatura y las fuerzas de derecha, conservadoras y liberales, se muestran abiertas a buscar un acuerdo con la Democracia Cristiana para evitar un posible triunfo de don Salvador Allende en los comicios presidenciales, que se advirtió muy posible después del "naranjazo". Por su parte, y simultáneamente, don Eduardo Frei dice: "No cambiaré ni una línea de mi programa, ni por un millón de votos". No sólo no ofrece ninguna posibilidad de transar su candidatura. Ni siquiera acepta cambiar una línea de su programa. Eso grafica el carácter mesiánico. Prefería volver a perder por segunda vez (ya había perdido en 1958, cuando triunfó don Jorge Alessandri) y que pudiese llegar el marxismo al poder, antes que cambiar una coma. Si se tratara de una cuestión moral o de una tarea académica, eso es perfectamente legítimo y, más que eso, noble; la sana intransigencia en los principios o convicciones intelectuales es algo

muy noble, pero cuando se trata de conducir a los pueblos resulta, en cambio, muy negativa y grave, porque lleva al mesianismo que linda en el fanatismo.

La vida política democrática está hecha de la necesidad de buscar transacciones que hagan que el resultado sea el que más se aproxima a lo que cada cual desea, dentro de lo posible. Pero cuando cada uno quiere obtener el 100% y juega al maximalismo, a la plenitud; al mesianismo, se rompe la posibilidad de una convivencia democrática. Algo de esto ha desarrollado más a fondo, aunque no lo comparto íntegramente, pero sí en buena medida, el profesor Mario Góngora en un reciente libro que sostiene, precisamente, que desde el Gobierno de don Eduardo Frei en adelante, se desarrollan en Chile experiencias ideológicas globalizantes que tratan de implantar un cambio absoluto y total en las formas preexistentes, una revolución en la cual se cae, de alguna forma, en esta aspiración que yo llamo mesiánica.

La derecha se vio así encajonada a apoyar a Frei en 1964 lo que le permitió a éste ser elegido Presidente de la República. Pero la transigencia demócrata cristiana, convertida como Gobierno en un fuerte sectarismo, le costó muy caro. Más tarde, en la campaña parlamentaria de 1969, la Democracia Cristiana publica un afiche de propaganda para todos sus candidatos a parlamentarios dentro del país, en la cual dice: “100 años de retraso, 4 años de progreso. Vote por el Partido Demócrata Cristiano”. O sea, describe la historia republicana de Chile como “100 años de retraso” y dice que recién con ella –en 1964- comienza el progreso. “Partir de cero”, la frase célebre con que la revista Mensaje acuñó este pensamiento de la ‘revolución en libertad’. Yo no pretendo con esto molestar ni incomodar a las personas de pensamiento demócrata cristiano, pero sí hacerles ver que no es coincidente con su actual postura de pretender erigirse en herederos de esta ‘gran democracia chilena de 150 años, que aparecería quebrantada el año 1973. Ahora dicen que Chile tiene una historia democrática ejemplar, que fuimos un modelo de democracia avanzada y progresista, como afirma don Eduardo Frei en su libro ‘El mandato de las Historia y las Exigencias del Porvenir’, publicado durante el actual Gobierno. Y, sin embargo, ellos hablaron, siendo Gobierno en 1969, de 100 años de retraso y 4 años de progreso.

No es que en política no se pueda cambiar o rectificar. Pero para rectificar con autoridad moral, es indispensable reconocer explícitamente que uno se ha equivocado previamente.

c) La utopía de la “tercera posición”

Hay una tercera crítica, una de las más delicadas y profundas de todas, que a mi me merece el pensamiento demócratacristiano chileno y que es su doctrina comunitaria en lo económico-social. Pienso que la aspiración a la sociedad comunitaria es una irrealidad. Más que un ideal, me parece una utopía.

Es interesante anotar lo siguiente: el comunitarismo, o forma de propiedad comunitaria, está perfectamente contemplado como una posibilidad dentro del capitalismo.

La propiedad en común está consagrada en todos los países occidentales del mundo como una opción, siempre que las personas que participan de esa propiedad en común la pacten y la mantengan libremente. Pero si se quiere transformar eso en un sistema general de funcionamiento obligatorio para las empresas y en un sistema general de funcionamiento de la economía, yo creo que se cae en una irrealidad, en algo imposible, que va contra la libertad y la naturaleza humanas. Aquí hay una explicación muy importante pero poco profundizada de por qué ciertos sectores eclesiástico se confunden frente al marxismo y creen encontrar en él algunos rasgos parecidos al cristianismo, en circunstancias que son dos doctrinas ... (falta la página 40)

Y siguiendo la célebre sentencia del pensador francés, Blaise Pascal, “el que quiera hacer de ángel, termina haciendo de bestia”. Cuando el ser humano se

lanza a las utopías termina desgradado, porque se envuelve en una aventura antinatural. Yo pienso que jamás la mayoría de los seres humanos van a participar de ese espíritu comunitario al cual aspira la Democracia Cristiana como programa político. Eso puede ser algo que se inculque, que se estimule, y me parece que es muy noble hacerlo (como me parece muy noble impulsar las vocaciones sacerdotales o religiosas) pero siempre va a ser válido para una minoría de las personas. Ese es el error garrafal de convertir un ideal moral al que están llamados algunos pocos, en un programa político válido para aplicarse - y hasta para imponerse- a todos. Ahí pasamos del ideal a la utopía.

Un ejemplo característico que tiende a confirmar mi apreciación es Israel. Fijense ustedes que Israel es un país construido por un pueblo que tras haber estado perseguido y disperso casi dos mil años sin desaparecer, llegó a ocupar ese territorio suyo pequeño y pobre, con todo el sentido comunitario que se fortalece cuando uno está en la más absoluta adversidad y pobreza. Tenía que hacer todo de la nada. Ahí nacieron los Kibuts, que son especies de granjas colectivas, de propiedad de todos en común. Ello es muy encomiable, porque las personas están libremente en los Kibuts. Pero ¿cuántas personas lo practican en Israel? Menos del 3%. Menos del 3% de la población israelí vive en los kibuts y más del 97 % prefiere vivir de modo más individual y conforme a los parámetros de una sociedad occidental capitalista. Los que prefieran vivir en plena comunidad son y van a ser siempre muy pocos, desde que hayan conocido la alternativa de una mayor individualidad personal y familiar.

No se puede estructurar un sistema político violentando esta realidad porque ello sería, a mi juicio, ir contra la naturaleza humana.

Creo que, además en todo planteamiento de la empresa integrada, que algunos denominan empresa comunitaria o empresa autogestionada, se desconoce un hecho fundamental, y es que en la generación de riqueza resulta clave brindar la posibilidad de que las personas que vienen mejor dotadas por Dios para la tarea productiva y para la tarea económica, encuentren cauce posible para hacer rendir esta cualidad en forma adecuada. Si uno analiza el concepto de la empresa comunitaria o de la empresa autogestionada, da la impresión que todos pueden – por igual- ser empresarios. Por eso Claudio Orrego estima que no es democrático que la empresa se genere en la forma en que lo hace la empresa capitalista. Los democratacristianos tratan de ligar forzosamente a las personas a la empresa en la cual trabajan, en carácter de copropietarios y cogestores de ella. A mi juicio, hay ahí una mala percepción de lo que es la vocación empresarial. En efecto, así como hay seres humanos que vienen dotados por Dios en forma superior a otros para la tarea de filosofar, otros para la de pintar, otros para la de escribir, otros para las matemáticas, otros para el deporte, otros para la conducción de seres humanos, hay algunos que vienen mejor dotados que otros para la tarea de generar riqueza o se empresario. Y, justamente, es la libertad para que florezcan los que quieren desarrollar todas sus posibilidades en cada campo respectivo, lo que da el mejor resultado en cada uno de ellos.

Pero hay un hecho que no podemos perder de vista, cual es la motivación del empresario, es decir de la persona dotada por Dios del talento y la vocación para producir riqueza.

Ese talento o vocación está hecho de dos realidades indisolubles: querer hacer cosas y querer ganar dinero. Estas dos aspiraciones son indisolubles en la vocación empresarial. Quien quiere hacer cosas sin ganar dinero es un filántropo, lo que es muy hermoso, pero son muy pocos; no sirven para hacer crecer un país.

Quien quiere ganar dinero sin crear cosas es un especulador y en ciertos rangos muy limitados y circunscritos, eso puede ser legítimo, pero tampoco es lo que hace crecer a los países. El empresario es el que simultáneamente quiere hacer cosas y ganar dinero. Potenciando esas vocaciones es como mejor se produce

más riqueza. Pero si no dejamos que estas dos aspiraciones se satisfagan, no se va a florecer esta vocación, porque la persona dotada para ella no se va a sentir estimulada.

Es lo mismo que al artista le dijéramos que su producción no va a ser nunca conocida; en el artista hay normalmente dos motivaciones indudables: una, expresar algo que estima necesario hacer brotar de su espíritu, y otra, que eso sea conocido por otros. Si al artista le dijésemos, por ejemplo, que no le va ser posible la comunicación de su obra, inmediatamente produciría menos o simplemente no produciría, porque en él es un móvil esencial llegar con su producción a otros. Del mismo modo, es de la esencia del empresario el querer ganar dinero y no se puede pretender una economía que crezca en forma rápida y sostenida si no es incentivando el móvil del lucro individual. Esto lo digo en forma muy tajante y cruda, porque es, a mi juicio, el punto de vista que no sólo no ha comprendido la doctrina democratacristiana sino que no ha recogido adecuadamente la doctrina social de la Iglesia. Yo creo que va a ser indispensable que la doctrina social de la Iglesia profundice este tema, a la luz de la ciencia económica y de la experiencia contemporánea, porque es indudable que este afán de lucro no puede estar ausente, realísimamente, de la vocación empresarial ni el crecimiento económico; o se acepte el lucro en los individuos o se radica sólo en el Estado exigiendo que las empresas estatales del colectivismo sean rentables. Pero esta forma comunitaria como sistema general, en que se pretende excluir el lucro como motivación importante de la actividad económica, es una irrealidad.

Tomic dijo una vez que “cuando se gana con la derecha, es la derecha la que gana”.

En consecuencia, él desprendía que no había que aliarse con la derecha. Mi impresión personal es otra: cuando la Democracia Cristiana chilena gana con otro, es el otro el que gana, porque el otro tiene viabilidad y el planteamiento democratacristiano no la tiene.

No hay más que dos alternativas básicas de sistema económico. O uno (llamado capitalista) que se funda en la propiedad privada de los medios de producción, en la iniciativa particular como motor básico del desarrollo y en la coexistencia de empresas libremente estructuradas por sus impulsores y que actúan en un marco de igualdad jurídica y competitiva donde ciertamente no prevalecerán las empresas comunitarias, o bien el otro sistema básico que es el colectivismo, con propiedad estatal de los medios de producción y una economía centralmente planificada. Podrá haber –y ciertamente las hay- muchas variantes de cada uno de esos dos sistemas básicos. Pero lo que no existe ni es viable es la tercera posición de una sociedad comunitaria. Que no existe en ninguna parte del mundo, es un hecho objetivo. Que no es viable, estimo que se desprende de las consideraciones anteriores. Esto es lo trágico de la Democracia Cristiana.

Porque está claro que el propio señor Castillo menciona a la democracias cristianas europeas como partidos de centro; son partidos que se han amoldado al régimen capitalista y lo han modificado, modernizado y en muchas materias son distintos unos y otros. Pero ninguno pretende que va a crear una tercera posición radicalmente distinta. ¿Y qué es entonces lo que ocurre con el planteamiento demócrata cristiano chileno? Don Jaime Castillo lo señala con mucha claridad: “En el régimen capitalista y en el socialista totalitario, los demócrata cristianos luchamos por crear la nueva civilización, la nueva cristiandad hacia formas comunitarias de la vida”. Pero sucede que en el régimen socialista totalitario no se les permite dar esa lucha; entonces, en la práctica, ésta se transforma en una posibilidad que sólo les brinda el régimen capitalista y por esa razón, y no por otra, es que la Democracia Cristiana termina siendo, sin quererlo, sin desearlo y sin darse cuenta, un puente para abrirle el paso al comunismo. Por eso es que el comunismo la utilizó en Chile y la va a seguir utilizando. Porque al destruirse las

bases económicas de la sociedad occidental capitalista, se le abre paso a la única otra posibilidad real que existe que es el socialismo colectivista. De ahí la tragedia de esa fórmula inédita que la Democracia Cristiana chilena persiste en buscar con un idealismo desgraciadamente afecto al mal de la utopía, que hace degenerar lo virtuoso que ella pueda tener en ese idealismo. A mi juicio, las críticas que se le hacen a la Democracia Cristiana chilena de favorecer al comunismo son ciertas, pero frecuentemente superficiales y mal fundadas, porque no van a la médula del problema. Lo fundamental al respecto está en denunciar que la Democracia Cristiana erosiona un sistema que existe y funciona para reemplazarlo por una utopía impracticable, con el necesario afecto práctico de abrir las compuertas a la única otra alternativa real que es el colectivismo socialista y totalitario.

Por eso, también, ciertos demócratacristianos, desencantados de la tercera posición que nunca llega y embebidos ya de toda una carga emotiva contra el capitalismo, dan el paso siguiente, y se deslizan hacia el marxismo. Eso es lo que les pasó con la Izquierda Cristiana y el MAPU.

d) Complejo antiderechista del PDC

Termino con una última objeción que está muy ligada a la anterior y que yo demonimo 'el complejo antiderechista de la Democracia Cristiana'.

Está claro que dentro de su perspectiva ella es filosófica, doctrinaria y políticamente distinta de capitalismo y de socialismo, pero ya hemos visto que mientras no trepida en hablar de anticapitalismo, rehúsa hablar de anticomunismo. Y hay un factor perfectamente explicable en este complejo. Ustedes saben la historia del surgimiento del Partido Demócrata Cristiano como una escisión primero del Partido Conservador, bajo el nombre de Falange Nacional, la que después se une a otras facciones nuevamente desgajadas del mismo Partido Conservador y con algunos sectores agrariolaboristas para formar el Partido Demócrata Cristiano, que ya emerge a la vida política como tal el año 1957 y que con la candidatura presidencial de Frei el año 1958 se afianza definitivamente como una gran fuerza política.

Tanto su origen derechista, como el hecho de que tiene que luchar para substituir estructuras capitalistas por las estructuras comunitarias y no estructuras socialistas por las estructuras comunitarias, va generando dentro de ella un cierto complejo antiderechista.

Es interesante refutar el error de que lo ocurrido el año 1970, con el advenimiento de don Salvador Allende al poder, fue porque se dividieron los demócratas y porque no hubo segunda vuelta electoral entre las dos primeras mayorías. La realidad es completamente diferente. Entre el Partido Demócrata Cristiano de esa época y la Unidad Popular había mucho más afinidad que entre el Partido Demócrata Cristiano y lo que pudiera denominarse la derecha o, más específicamente, la candidatura Alessandri. Es posible que en una segunda vuelta los votantes independientes de Tomic no hubiesen apoyado en gran cantidad a don Salvador Allende. Pero es indudable, y así lo reconoció el señor Tomic en su campaña, que su programa tenía mucho más afinidades con el de don Salvador Allende que con el de don Jorge Alessandri. De modo que estamos en un esquema equívoco si pensamos con los parámetros de la lucha que se dio después, ya instalado el Gobierno marxista. La dinámica del proceso demócratacristiano llevada a lo contrario y la mejor es lo que ocurre antes de la elección.

Dice don Jaime Castillo, a quien cito nuevamente, en pleno proceso electoral: "Pues bien, entre nosotros no habrá, ni hay nadie, que sea partidario de una candidatura de derecha. Absolutamente ningún militante, ni menos un grupo de ellos, ha propuesto nunca la idea de hacer llamados al Partido Nacional o incorporarse a la candidatura que éste propuso o de tratar de buscar un mecanismo de alianza entre nuestro partido y el Partido Nacional. Tampoco en la opinión

pública se ha traslucido de manera alguna la posibilidad de que el Gobierno del Presidente Frei pudiera hacer surgir de su propio seno y con visto bueno suyo, un candidato común a demócratas cristianos y derechistas”. Esto lo dice don Jaime Castillo y era una evidencia absoluta para todos los que participábamos entonces en la campaña presidencial.

“En consecuencia –sigue don Jaime Castillo- la única posibilidad que existía de hacer alianza era la llamada Unidad Popular. ¿Aceptaríamos la tesis comunista-socialista? Tal era el debate planteado entre nosotros”. La cuestión era esa, lo otro no estaba en discusión. Lo que se discutiría era si había o no alianza con socialistas y comunistas. Con la derecha, por ningún motivo. Y continúa don Jaime Castillo: “Ahora bien, nuestro camarada Radomiro Tomic, uno de los más queridos y destacados de partido, que ha recorrido en nuestras filas todos los honores y cargos, que ha sido presidente de la Falange Nacional, presidente del partido, diputado, senador, embajador, cuya capacidad y seriedad son ampliamente reconocidos en Chile y fuera de Chile, volvió de Washington (donde era embajador de don Eduardo Frei) con la certeza de que era necesario aunar todas las fuerzas capaces de sustituir completamente el régimen capitalista. En ese objetivo, y atendiendo, por lo demás, a un planteamiento suyo muy anterior, comenzó a manifestar sus ideas en diferentes ambientes. Su perspectiva programática era aguda, audaz, seria. Su posición política excluía a la derecha, pero no a la izquierda. Muy por el contrario, en una demostración inusitada de sinceridad, declaró abiertamente que no habría candidatura Tomic sin apoyo de la izquierda. Esto significaba lisa y llanamente descubrir todas sus cartas, arriesgar todas sus cartas, arriesgar todas sus posibilidades en el deseo de despertar la confianza y promover los contactos necesarios para que se hiciera posible la unidad entre las fuerzas de izquierda y la Democracia Cristiana”.

Y más adelante dice don Jaime Castillo, en la misma intervención en plena campaña presidencial, que el propio señor Tomic se vio obligado a reconocer que la izquierda le dio con una puerta en las narices. Hasta el día de hoy él no se explica por qué. Muchos tampoco nos explicamos por qué. Pero la respuesta comunista y socialista fue inmediatamente “con Tomic ni a misa”. Tomic renunció a la candidatura y más tarde no hubo apoyo de la izquierda y Tomic fue candidato; más aún, hubo Unidad Popular, sólo que sin Tomic, sino que don Salvador Allende.

Este complejo antiderechista se vio en toda la campaña presidencial. La afinidad tomicista allendista se percibía en ella. A mí me tocó recorrer gran parte del país con don Jorge Alessandri y, en la mayoría de los lugares, los partidarios de Tomic y de Allende estaban aliados. En todas partes actuaban en conjunto contra el que sentían adversario común, que era Alessandri.

En la tristemente célebre gira a Concepción, en que don Jorge fue agredido en forma muy violenta varias veces, con el objetivo declarado de impedirle que siguiera su campaña presidencial (de hecho hubo partes donde hubo que cancelar la proclamación porque no había garantías mínimas para poder ingresar a la ciudad, y esto le sucedía a un ex Presidente de la República) siempre tomicistas y allendistas actuaban coligados.

La noche de la victoria de don Salvador Allende se abrazaron juntos, frente a la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, la FECH, desde cuyos balcones habló don Salvador Allende al país el 4 de septiembre de 1970, las juventudes comunistas. Ya esa misma noche. Y conocen todos ustedes los vínculos que tenía don Ramiro Tomic con don Salvador Allende durante la campaña, para hacer llegado a lo aquel llama una “aclaración de intenciones” negando que haya sido un pacto secreto. Pero en realidad no lo conocía la opinión pública y fue un acuerdo. O sea, exactamente lo que se llama un pacto secreto.

Todo esto forma, a mi juicio, parte del complejo antiderechista que, desgraciadamente, yo temo que cueste mucho que desaparezca, no obstante haber librado juntos la batalla contra la Unidad Popular. Estimo que tal vez su duración no tan extensa y circunstancias anteriores y posteriores a ella han contribuido mucho a que este fenómeno siga perdurando hasta hoy.

Conclusión

Pienso que la Democracia Cristiana sólo podría ser hacia adelante una fuerza constructiva en la política chilena y que contribuyera a la estabilidad democrática, si corrigiera esos cuatro caracteres básicos que he pretendido mostrar y refutar en esta charla, su actitud equívoca frente al comunismo, su mesianismo sectario y excluyente, su insistencia en la búsqueda utópica e irreal de una tercera posición económico-social radicalmente distinta de las existentes en el mundo, llamado comunitarismo y, finalmente, su complejo antiderechista. Abrigo algunas esperanzas de que ello tienda a superarse por las generaciones más jóvenes de la Democracia Cristiana chilena. Pero soy escéptico de que, en definitiva, tal superación pudiera consolidarse dentro de las estructuras de dicho partido, porque hay demanda carga histórica y atávica al respecto que me temo lo hará siempre imposible.

El advenimiento de don Salvador Allende al poder, fue porque se dividieron los demócratas y porque no hubo segunda vuelta electoral entre las dos primeras mayorías. La realidad es completamente diferente. Entre el Partido Demócrata Cristiano de esa época y la Unidad Popular había mucho más afinidad que entre el Partido Demócrata Cristiano y lo que pudiera denominarse la derecha o, más específicamente, la candidatura Alessandri. Es posible que en una segunda vuelta los votantes independientes de Tomic no hubiesen apoyado en gran cantidad a don Salvador Allende. Pero es indudable, y así lo reconoció el señor Tomic en su campaña, que su programa tenía mucho más afinidades con el de don Salvador Allende que con el de don Jorge Alessandri. De modo que estamos en un esquema equívoco si pensamos con los parámetros de la lucha que se dio después, ya instalado el Gobierno marxista. La dinámica del proceso demócratacristiano llevada a lo contrario y la mejor es lo que ocurre antes de la elección.

Dice don Jaime Castillo, a quien cito nuevamente, en pleno proceso electoral: “Pues bien, entre nosotros no habrá, ni hay nadie, que sea partidario de una candidatura de derecha. Absolutamente ningún militante, ni menos un grupo de ellos, ha propuesto nunca la idea de hacer llamados al Partido Nacional o incorporarse a la candidatura que éste propuso o de trata de buscar un mecanismo de alianza entre nuestro partido y el Partido Nacional. Tampoco en la opinión pública se ha traslucido de manera alguna la posibilidad de que el Gobierno del Presidente Frei pudiera hacer surgir de su propio seno y con visto bueno suyo, un candidato común a demócrata cristianos y derechistas”. Esto lo dice don Jaime Castillo y era una evidencia absoluta para todos los que participábamos entonces en la campaña presidencial.

“En consecuencia –sigue don Jaime Castillo- la única posibilidad que existía de hacer alianza era la llamada Unidad Popular. ¿Aceptaríamos la tesis comunista-socialista? Tal era el debate planteado entre nosotros”. La cuestión era esa, lo otro no estaba en discusión. Lo que se discutiría era si había o no alianza con socialistas y comunistas. Con la derecha, por ningún motivo. Y continúa don Jaime Castillo: “Ahora bien, nuestro camarada Radomiro Tomic, uno de los más queridos y destacados de partido, que ha recorrido en nuestras filas todos los honores y cargos, que ha sido presidente de la Falange Nacional, presidente del partido, diputado, senador, embajador, cuya capacidad y seriedad son ampliamente reconocidos en Chile y fuera de Chile, volvió de Washington (donde era embajador de don Eduardo Frei) con la certeza de que era necesario aunar

todas las fuerzas capaces de sustituir completamente el régimen capitalista. En ese objetivo, y atendiendo, por lo demás, a un planteamiento suyo muy anterior, comenzó a manifestar sus ideas en diferentes ambientes. Su perspectiva programática era aguda, audaz, seria. Su posición política excluía a la derecha, pero no a la izquierda. Muy por el contrario, en una demostración inusitada de sinceridad, declaró abiertamente que no habría candidatura Tomic sin apoyo de la izquierda. Esto significaba lisa y llanamente descubrir todas sus cartas, arriesgar todas sus cartas, arriesgar todas sus posibilidades en el deseo de despertar la confianza y promover los contactos necesarios para que se hiciera posible la unidad entre las fuerzas de izquierda y la Democracia Cristiana”.

Y más adelante dice don Jaime Castillo, en la misma intervención en plena campaña presidencial, que el propio señor Tomic se vio obligado a reconocer que la izquierda le dio con una puerta en las narices. Hasta el día de hoy él no se explica por qué. Muchos tampoco nos explicamos por qué. Pero la respuesta comunista y socialista fue inmediatamente “con Tomic ni a misa”. Tomic renunció a la candidatura y más tarde no hubo apoyo de la izquierda y Tomic fue candidato; más aún, hubo Unidad Popular, sólo que sin Tomic, sino que don Salvador Allende.

Este complejo antiderechista se vio en toda la campaña presidencial. La afinidad tomicista allendista se percibía en ella. A mí me tocó recorrer gran parte del país con don Jorge Alessandri y, en la mayoría de los lugares, los partidarios de Tomic y de Allende estaban aliados. En todas partes actuaban en conjunto contra el que sentían adversario común, que era Alessandri.

En la tristemente célebre gira a Concepción, en que don Jorge fue agredido en forma muy violenta varias veces, con el objetivo declarado de impedirle que siguiera su campaña presidencial (de hecho hubo partes donde hubo que cancelar la proclamación porque no había garantías mínimas para poder ingresar a la ciudad, y esto le sucedía a un ex Presidente de la República) siempre tomicistas y allendistas actuaban coligados.

La noche de la victoria de don Salvador Allende se abrazaron juntos, frente a la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, la FECH, desde cuyos balcones habló don Salvador Allende al país el 4 de septiembre de 1970, las juventudes comunistas. Ya esa misma noche. Y conocen todos ustedes los vínculos que tenía don Ramiro Tomic con don Salvador Allende durante la campaña, para hacer llegado a lo aquel llama una “aclaración de intenciones” negando que haya sido un pacto secreto. Pero en realidad no lo conocía la opinión pública y fue un acuerdo. O sea, exactamente lo que se llama un pacto secreto.

Todo esto forma, a mi juicio, parte del complejo antiderechista que, desgraciadamente, yo temo que cueste mucho que desaparezca, no obstante haber librado juntos la batalla contra la Unidad Popular estimo que tal vez su duración no tan extensa y circunstancias anteriores y posteriores a ella han contribuido mucho a que este fenómeno siga perdurando hasta hoy.

() Abogado. Fundador del Frente gremialista del partido político Unión Demócrata Independiente (UDI). Tuvo participación activa durante la dictadura militar. Soporte ideológico de ésta.*



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:
<http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a:
archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2005

